JO, MIRU Y LOS PÁJAROS

Carlos Jiménez Climent

Ilustraciones de Paula Salas



mr.momo
juvenil

El papá de Jo quería que su hijo aprendiera a nadar. El agua, esa cosa blanda que no puedes abarcar con los brazos y que se te mete en la nariz. A Jo no le gustaba el agua, como a su gato Miru, pero su padre le había dicho que un chico tiene que domesticar sus miedos antes de los doce años.

Después de esa edad, todo está perdido. Esa frase severa la repetía a menudo su papá. Decía que con un corazón recio y un pulso firme se trazaban caminos recios y firmes. Jo pensaba: «A mí me parece que a nadie le ha hecho falta nadar desde que se inventaron los barcos. Aun así, los papás de todas las épocas quieren que sus hijos aprendan a nadar. Seguro que hay un motivo para eso». Jo no era alto ni resultón. Sentado en un sofá, se confundía perfectamente con la tapicería. Y, si lo ponías al lado de un florero, nadie diría que allí había un niño porque todos preferían mirar el florero, por horrible que fuera.





Para los adultos era casi invisible y por eso lo dejaban en paz. Con los de su edad era distinto. Los otros niños tenían una idea definida de quién era Jo. Tenía fama de poco hablador y en cuestiones prácticas era una calamidad. No sabía atarse bien los zapatos, se hacía un lío con los cordones; pero lo peor era que no pegaba bien los cromos en el álbum, todos torcidos. En el colegio lo consideraban un blandengue del que era mejor no fiarse mucho. Pero a él lo que pensaran los demás no lo conmovía demasiado. Aunque le hubiera gustado parecerse en algo a Luc. Eso sí.

En el colegio, Luc era quien mandaba entre los chicos de su edad. Tenía el pelo cortado a cepillo y una cicatriz en el mentón. Decía que le había mordido un perro. Algunos chavales



dejaban sus ideas de lado por un poco de protagonismo junto al jefe. Un grupo de matones con flequillos indomables, esos eran los amigotes de Luc. Y, claro, si Luc te quería a su lado, entonces tú sonreías, aunque con su manota te cogiera la nariz y te la estrujara. Y muchos sonreían soportando el dolor cuando Luc les estrujaba la nariz para demostrar quién mandaba allí. Solo que cuando él no estaba, eran ellos, sus discípulos, los que cometían crueldades con chiquillos más pequeños e indefensos. Pero cuando Luc llegaba, todos parecían piadosos porque el privilegio de la maldad estaba reservado solo a él.

La especialidad de Luc era esperar a la salida de la escuela a los chiquillos a quienes no venían a recoger mamá o papá con el único interés de robarles la merienda. Se acercaba altivo a esos niños y les pedía que le entregaran su rebanada de pan blanco y el trozo de chocolate que les daban todos los días al terminar las clases. Porque después de las lecciones todos los niños pasaban en fila delante de tres canastos. Uno estaba lleno de rebanadas de pan blanco que una monja cortaba con un gran cuchillo. En el otro había piezas de chocolate oscuro tan duro como una piedra. En el último canasto estaba el membrillo, pero tanto Jo como Luc ni siquiera lo miraban. No les gustaba. Era asqueroso, decían.

Todos cogían un pedazo de pan y un trozo de chocolate o de membrillo y salían a la calle. Se podía coger una sola cosa: o chocolate o membrillo. Con la misma pasión con la que odiaba el membrillo a Jo le gustaba el chocolate. Hubiera comido chocolate sin detenerse por una semana, decía. Esperaba en la fila y, cuando le tocaba el turno, hundía la



mano en el canasto y nunca intentaba llevarse más de un pedazo, como hacían los niños que tenían un corazón severo. A veces estos tramposos lo conseguían, llevarse más chocolate del permitido, pero no era fácil porque a la señorita Ruiz, que controlaba las provisiones, no se le escapaba una. Así que Jo amaba el chocolate por encima de todas las cosas, pero jamás se atrevió a tomar más chocolate del que las reglas de la escuela permitían. Una rebanada de pan y una pieza de chocolate. Su corazón no daba para más. Era débil. Porque escamotear un poco de chocolate significaba dejar a otro niño sin nada. Y para eso se necesitaba un corazón severo y Jo no lo tenía.

Jo había presenciado más de una vez la misma escena. Los saboteadores cogían dos o más trozos de chocolate o membrillo y el último en llegar se quedaba sin merienda. El infeliz aceptaba la situación con cara de pasmo y un poco de desconsuelo. Entonces, para remediar la situación, aparecía la monja o la señorita Ruiz con un poco más de chocolate o membrillo y al niño se le pasaba el enfado; pero ya el chocolate no sabía igual. A Jo le había pasado. El chocolate tenía el sabor de la amargura y la traición porque tus compañeros te habían dejado sin él aposta. Y eso duele. Y, aunque la prudencia de la señorita Ruiz y las despensas del colegio compensaran en parte la humillación, ese dolor se lo llevaban los niños a casa y no lo olvidaban fácilmente. En algunos se transformaba en rencor. Pero no era lo habitual, porque a ciertas edades se perdonan y olvidan los ultrajes por un nuevo trozo de chocolate duro como el mármol.

En clase, Jo hacía todo lo que le decían. Si había que pintar una cebra, la pintaba. Ponía todo su esmero en pintar

una cebra, aunque nunca había visto una, ni siquiera en el zoo. Si le decían que escribiera una redacción sobre qué le gustaba hacer durante las vacaciones, Jo la escribía lo mejor que podía. Y no olvidaba ni un detalle. Si le pedían cantar, él cantaba, procurando no desafinar porque no quería que los demás se rieran de él. En conclusión, Jo era uno de esos niños que se mimetizan con el mobiliario en las escuelas de todo el mundo para no ser acusados de perezosos y pandilleros. Luc no. Luc no se escondía como Jo. De Luc decían que tenía un corazón severo y que robaba la merienda a los niños que esperaban el autobús delante del colegio. Luc te daba a elegir. O le dabas el chocolate y el pan o te cogía con su manaza la nariz y te la estrujaba. Los amigotes de Luc reían con esa cara de los que hacen el mal para ganarse el respeto y la misericordia de otros peores que ellos. Y después Luc dejaba caer esa frase tan suya: «O me das eso que llevas ahí o te muelo».

Lo peor es que Luc no robaba el pan y el chocolate a esos chiquillos por hambre. Sus papás tenían mucho dinero y a él no le faltaban los bocadillos de paté y las golosinas. Y al llegar a casa, una criada le preparaba una enorme jarra de leche chocolatada y se ponía morado con galletas y bollos de todo tipo. No, Luc no tenía ninguna necesidad. Luc robaba la merienda a los otros niños solo para humillarlos. Nunca se comía el pan. Se iba al parque que había enfrente de la escuela y lo desmigaba con sus manazas para que lo devoraran los pájaros. Para que todos vieran que no era un muerto de hambre, un desesperado, sino un niño con el corazón severo. Ese era Luc. El chocolate sí que se lo comía. O